

30  
céntimos

# VARIETÉ



—Sí, amigo mío, soy muy desgraciado. Primero le contaré a usted todas mis desdichas y luego me suicidaré.

—¿Y no podría usted suicidarse primero?

Biblioteca Nacional de España  
Dib. de Mihura



GALERIA DE RETRATOS

## Celia Gámez

*La escultural y rabiosamente archiguapísima vedette argentina, que es la principal castigadora del teatro Eslava, y que en La Deseada está lo más en carácter que puede estar una mujer guapa. (¿De quién puede ser esta foto tan estupenda sino de Welken?)*



# Varieté



REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12  
APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados a 30 céntimos ejemplar

Ordenanza de Varieté, D. Canuto

Año I

Madrid 24 de Diciembre de 1927

Número 4

## ¡Pobre Zambomba!

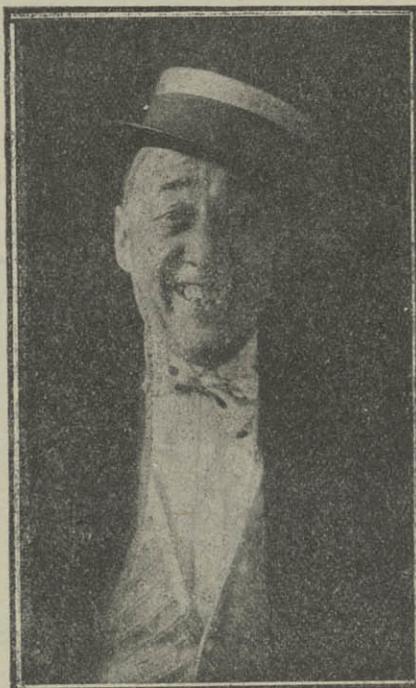
Voy a verter una lágrima por la olvidada zambomba a la que el saxofón ha desterrado de la alegre y ruidosa fiesta que por estos días nos alegra el ánimo quieras que no. ¡Pobre zambomba! ¿Quién no la ha tañido en la primera juventud? ¿Quién no ha conseguido arrancar al carrizo las graves notas a fuerza de salivilla hasta reblanecer el pellejo con la humedad?

¡Pobre zambomba!... Tan estúpidamente sonora, era el payaso, la caricatura entre los instrumentos que por estos días llenaban de sonidos el espacio.

¡Pobre zambomba! (Bueno, ya no lo digo más porque van cuatro veces con la del título.)

Añoro aquellos tiempos en que la idiotéz de mi infancia me hacía suponer grandes señoras a las cocotas bien vestidas, y al revés. Aquellos tiempos del tranvía de mulas que por más blasfemias que lanzaban al espacio los encuarteros subían las cuestras a paso de tortuga. Aquellos tiempos en fin, que no se conocía el "cine", que apenas si se bebía cerveza y que el marisco no se exhibía en los escaparates como ahora. ¡Pobre!... (Ya iba a soltarlo otra vez.)

TELÓN CORTO.



## Carta abierta

Sr. Director de VARIETÉ:

Mi querido compañero de eutrapelia: Tengo el placer de enviar a usted mi "foto", tal y como soy. Usted ha publicado en el número tres de su chispeante revista, una gran fotografía en

el momento de darle yo muerte al empresario del Teatro del Embajador Evaristo, donde he tenido tan grandes triunfos vendiendo goma para mascar.

Yo le juro a usted, por la salud del Sr. Carcellé, que no llegué a realizar tal muerte... Seré capaz de realizar mi piso, pero nada más.

Ustedes están algo confundidos. La muerte la llevé a cabo Bruto, cuando asesiné a César, por envidia, pues todos sabemos que César era más que Bruto.

Otra muerte también fué algo comentada; la de Cleopatra. Que es la que yo quise hacer una vez, representando en una película el papel de la hija de Tolomeo, pero se negaron en la Fil y Busterosflan a que yo hiciera de Cleopatra, porque, según ellos, al aplicarme el áspid al pecho, se llevaría el áspid un disgusto al encontrarse con dos botones de calzorcillos, en lugar de las consabidas glándulas mamarias de la famosa egipcia.

Lo que me ha molestado un poco, es que diga que yo he matado por una pipa, cuando no fumo, y de matar lo más que haría, es matar por la papa, si estaba embarcado.

Ahora, si ustedes quieren que yo realice una buena muerte, para darle a VARIETÉ algo trágico, me comprometo a matar un toro con grillos en los pies... Claro que los grillos, según el cuento viejo, los tiene que llevar el toro. Como el toro no se podrá arrancar sobre mí, yo comienzo a mentarle a su familia, y a decirle que es un idiota, y el toro se muere de rabia, como han muerto muchos, aunque han aparecido como muertos por aplaudidos matadores.

LUIS ESTESO.

## “ V A R I E T É ”

se vende en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

**Antonio Manzanera**

Independencia, 2

Buenos Aires

¡En este mes!

ALMANAQUE DE LA ALEGRÍA,  
por Demetrio, Picó, Mihura, Diaz-  
Antón, Moliné, etc.

(Biblioteca Astrakan.)

Una peseta.

Por el ojo de la cerradura

## El único español que no presumirá de madrileño

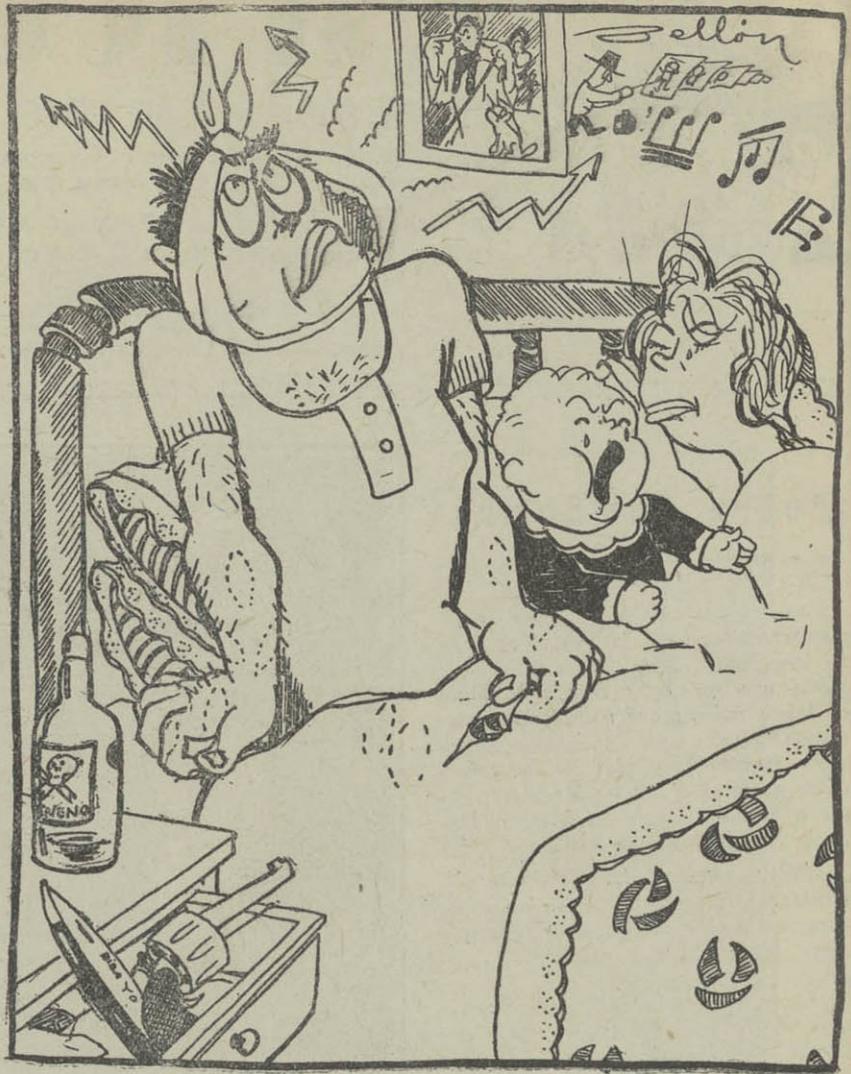
Ese matrimonio de Villaluenga de la Sagra—según vamos para Toledo, a la derecha—, que, por tener un hijo madrileño, ha incurrido en el delito de falsedad, merece toda suerte de conmiseraciones... El señor Arniches está en el caso de sufragar las costas del proceso... Si el señor Arniches no se allana a mis indicaciones acudiré a la bondad de corazón de Antonio Casero. Y si también Casero se me niega reuniré el conclave de los madrileñistas.

No está bien, no puede tolerarse, que ese par de infelices paguen culpas que no son voluntarias. Ellos—¡los pobres!—, habían visto en sin fin de sainetes y comedias el tipo madrileño, todo desenvoltura y desparpajo, bondad e ingenio, que es base de las obras Arnichescas. Para ellos—como para otros tantos—, el nacido en Madrid tiene, sobre cualquier mortal, un sin fin de ventajas. Y, al nacerles un hijo allá, en el pueblo, no vacilaron en meterse en el tren y en venirse a la Corte para aquí bautizarle e inscribirle. A falta de otra herencia querían dejarle la de hijo de Madrid con todos sus preciosos atributos.

Yo no quiero sacarles de su error. No he de decirles que los madrileños están en minoría; que los que por aquí andamos y bullimos no somos de la Corte; que éste Madrid es una gran posada; que no hace falta bautizarse en Madrid para ser madrileño; que los "golpes" y "timos" y "mangarcias" y dimes y directes que se hablan por las calles, en bares y tabernas, no es floración local, sino escuela formada por los antes mentados escritores; que viviendo en la Sagra y viniendo al teatro los domingos, puede uno hacerse un chulo de primera, con más postín que los aquí nacidos...

Prefiero que lo ignoren. Es más consolador en su desdicha dejarlos con la idea de que sólo echando a los chicos—benedicida—el agua de Lozoya en el cogote, se adquiere esa patente.

¡Me sabría mal restar admiradores a Madrid, yo que tanto le admiro!...



LOS EXITOS DEL AÑO

"Noche loca."

(Dib. de Bellón.)

Pero tampoco puedo, en conciencia, dejar sin mi protesta el hecho de que vaya a pagar con su dinero, y Dios sabe si con su libertad, el joven matrimonio de Villaluenga de la Sagra el deseo de tener un hijo cortesano, pintorero y alegre.

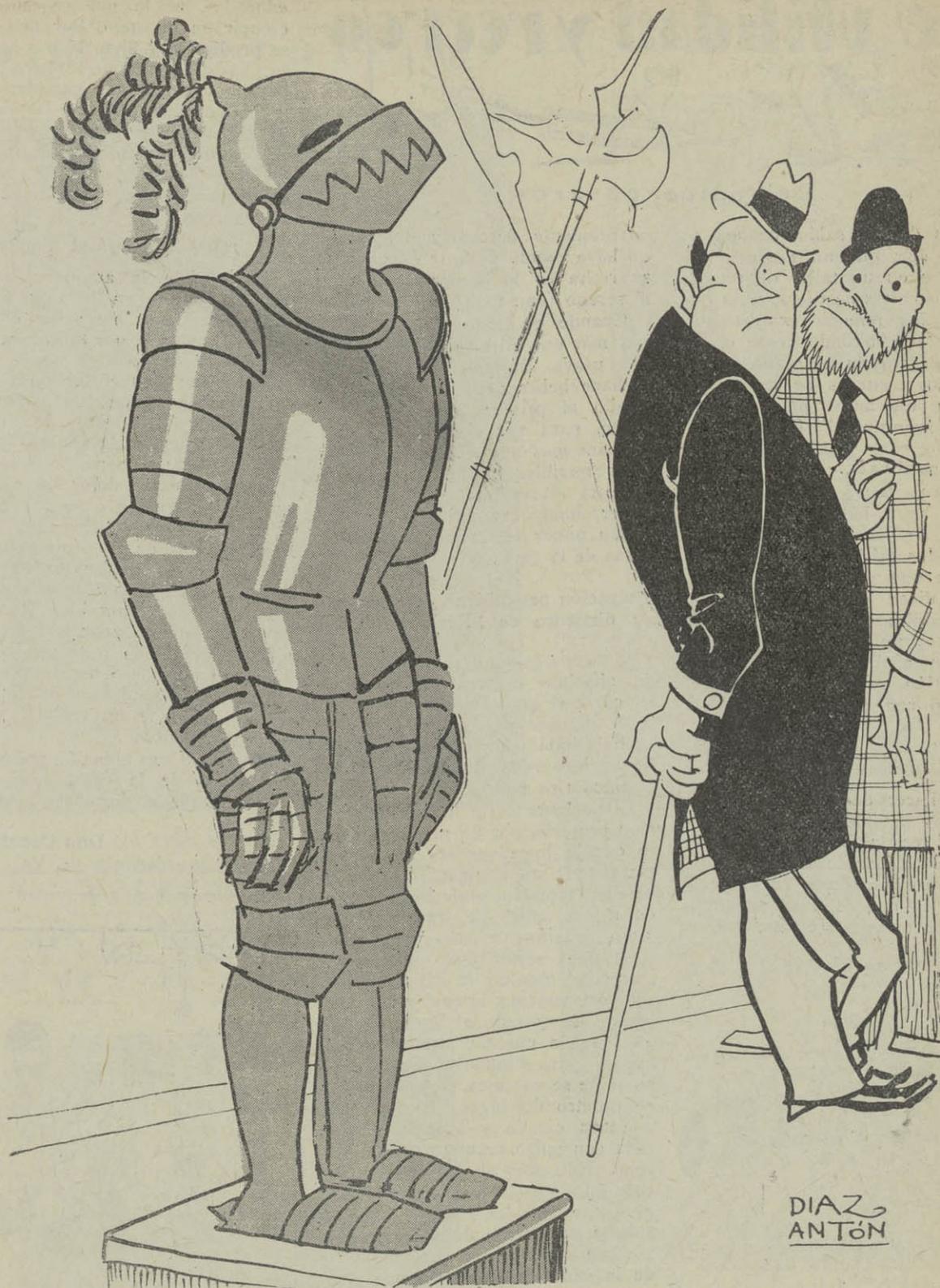
Cuando sea mayorcito el chaval sentirá una gran amargura al

saber que le filian "paleta".

Y su tristeza estará justificada. Será el único español que, aún queriéndolo, no pueda presumir de madrileño, presunción al alcance de cualquier español y de algún extranjero de fácil acomodo a nuestro ambiente...

Leopoldo Bejarano.

Compreñ el **ALMANAQUE DE LA ALEGRÍA** (de la Biblioteca Astrakán) que se pondrá a la venta en el corriente mes (una peseta)



DÍAZ  
ANTÓN

¡MENOS MAL! por Díaz-Antón.

El otoñal vanidoso.—Esto me recuerda que una vez por ocultarme de un marido burlado, estuve metido en una armadura vieja lo menos cuatro días.

El cara de tonto.—¡Te morirías de hambre!

El otoñal.—¡Eso no! Como la armadura era vieja, estaba llena de bollos.

# De utilidad y recreo



## Remedios caseros

Antes de ser sabio, cuando yo no era más que un modesto dependiente en un taller de reparaciones de catres de tijera, creía que eso de los remedios caseros debería estar prohibido como el hacerle taladros en el ombligo a los niños menores de tres años; yo creía eso antes, pero ¡Cuánta era mi ignorancia! ¡Cuán grande era mi error! ¡Qué juanetes tenía mi patrona!...

Ahora ya tengo una preparación cultural para leer en la ciencia, después de ver esas obras teatrales que los críticos con una benevolencia que me hace romper en llanto, dicen que "pueden pasar arreglándoles tal cual cosilla..." Ahora soy un sabio de los que se lo llaman a sí mismo. Y vamos a la erupción puesto que de varios granos o remedios tengo que hablar.

### Cataplasma sinapizada.

Para hacer desaparecer los dolores de rabadilla, no hay que gastar casi nada: Basta con raspar un elefante cuando esté dormido, y cocer las raspaduras en una caldera en la que se haya puesto a hervir un armario de luna conve-

nientemente descuartizado. Cuando haya cocido durante onces días, se retira de la lumbre y se deja al sereno (con una propina).

Cuando ya todo está frío, no hay más que filtrarlo por una elástica usada. Después de filtrado se le hace beber cosa de cuartillo y medio al primer amigo que nos visite, para ver si revienta, y si no hace más que retorcerse y proferir terribles blasfemias, es que ya está el remedio a punto para hacer unas cataplasmas que se deben poner en la cama ¡En las patas de la cama se entiende!

### Irrigación persuasiva por el procedimiento de "Recibiendo".

Si la irrigación se adjudica sin la absoluta entrega del paciente se corre el grave riesgo de que el caldo de eucalipto se extienda por toda la habitación sin que lleve su beneficioso revolvimiento a los intestinos ¡los pobres!...

El paciente suele hurtar la ocasión propicia, por un miedo ridículo que le hace ver la cánula del tamaño de un clarinete, y claro... ustedes también preferirían morir de atasco antes de transigir con una invasión de esas proporciones; para evitar esos miedos no hay como ocultar la cánula a los ojos del paciente, al cual y una vez puesto de costado al borde del lecho, se le cuentan unos chascarrillos para confiarle. Cuando el paciente se carcajea, póngase a un centímetro del lugar del suceso la aceitada cánula y téngase preparada con pulso seguro y ánimo sereno. Entonces se le hacen unas cosquillas en el vientre y al encogerse convulsivo y regocijado, el solo y por efecto del encontronazo habrá vencido el obstáculo, y de la cánula no se verá más que un centímetro escasamente. Esto es poner una irrigación "recibiendo".

Para evitar que escupan fuera de las escupideras.

Son inútiles cuantas adverten-

cias se hacen a las personas mal educadas, en lo que se refiere a escupir en el suelo. Por más que se prodiguen y fijen, bien a la vista, los carteles prohibitivos, no hay manera de que cumplan con la higiénica disposición las personas ligeramente guarras.

Sólo un medio hay eficaz para evitarlo. Poner dentro de la escupidera unos granos de trigo. ¡Y a otra cosa!

### ¿Qué le dolerá al niño?

Es terrible la angustia de las madres que oyen berrear a sus hijitos pequeños sin saber el mal que les aqueja y, por tanto, sin poder acudir en su remedio.

Los niños pequeñitos no tienen tacto, y por tanto, no tienen el instintivo movimiento de acudir con sus manitas a la zona doliente. Y claro está: a lo mejor el tierno infante tiene un dolor de cabeza que se le parte en gajos, y su infeliz madre se obstina en darle unas unturas en la tripita que es en donde las madres creen que radican todos los males de sus hijitos pequeños, pues bien. Tengan en cuenta que el peor mal es una niñera descuidada o torpe. Cuando el niño no se consuele con las friegas en la tripita, es que la niñera le ha dado un trastazo contra algún armario.

Obsérvese con atención todos los inmuebles de la casa, y si hay alguno astillado, despídase a la niñera.

Don Canuto.

(Doctor y ordenanza de Va. té.)



—¡Oh, condesa! Por conquistar nuestro amor me bato casi todos los días!...

—¡Sois un ponche, ya lo sé!

Dib. de Ver.

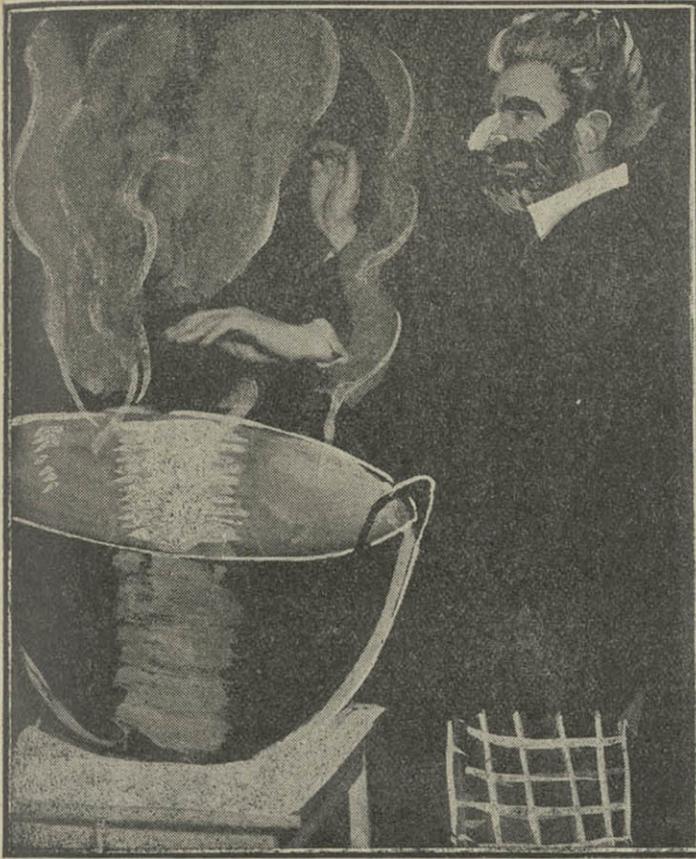


—¿Es una negra de las que bailan en el teatro?

—¡Ca; es la Encarna que no se lava la cara desde el mes...

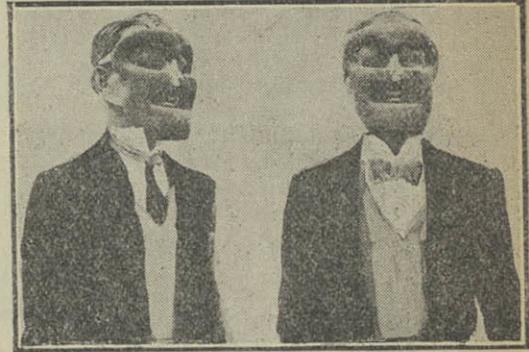
Dib. de Bellón.

# Notas gráficas de la semana



LOS PROGRESOS DE LA CIENCIA

El inventor indio Majadarhada Idiotara, que no ha cesado en sus estudios hasta hallar un procedimiento infalible para la destrucción de toda clase de moscas, especialmente la "Zuquiqui sobaqueri", propagadora de la terrible enfermedad de los caseros. El medio de destrucción es infalible como el criterio de un juez recto y sencillo como una mecedora de madera curvada. Póngase sobre una mesa una caldera de agua en ebullición y espérese, preparadas las manos, a que pase una mosca. En cuanto se la guipa, ¡zás!, se la atrapa y ¡a la caldera para que se haga la pascua! En un sólo día se pueden cazar lo menos cuatro.



Mascarillas de corcho, cauchú y cemento comprimidos, que utilizarán los señores socios de la de Autores, para discutir los distintos puntos de vista que mantienen respecto al voto acumulado. Los puntos de vista los pueden discutir sin daño de los ojos, porque el puño no entra en la cavidad que en la mascarilla se destina para mirar.



SOCIOLOGA EMINENTE

Mille Ludovica Cascales, de la Universidad de Cicutaris, doctora en leyes, que ha regalado una conferencia con el tema: "La juventud es un crimen", en el salón de actos del casino de Octogenarias tuertas, y que fué muy aplaudida por la matusalénica concurrencia. (Sabemos de buena tinta que la Ludovica agarra cada muerdaga de chinchón, que se congestiona.



LAS VICTIMAS DEL MAR

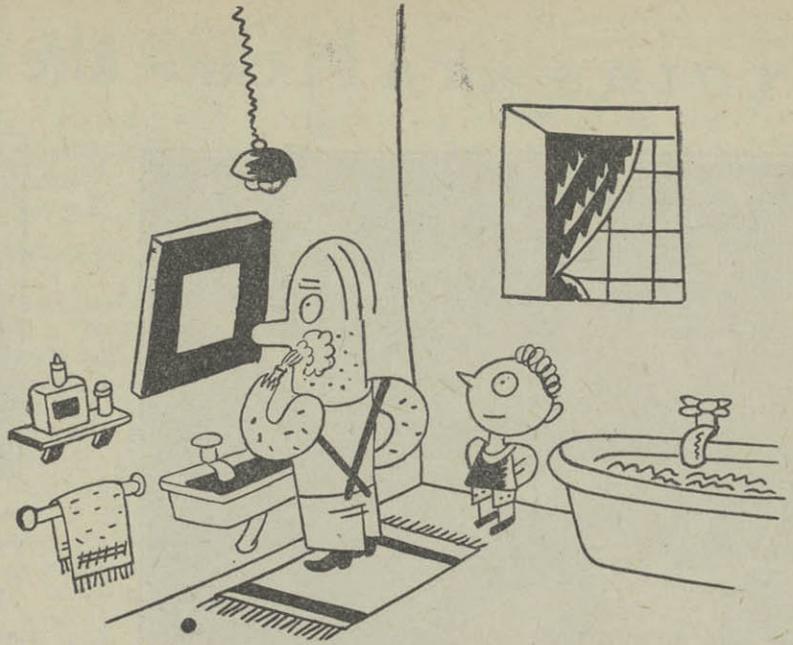
Supervivientes del "paquesalte" *Tajá*, que por espacio de siete semanas han permanecido subidos en una caña que sobresalía en un acantilado en las costas del cabo Furriel, y alimentándose únicamente del espulgo que se hacían unos a otros en las enmarañadas cabezas. Tan enredado y pegajoso tienen el pelo, que enseñarles una lendrera es mentarlos a los seres más queridos.

¡Que yo no tengo un pelo de tonto!

Químicos sagaces, avispados hombres de laboratorio, inventores distinguidísimos, maravillosos autores del "Capilocamelo", del "Peloponil", del "Suero Capilar Gallóf" y demás menjurges absurdos cuya verdadera eficacia omito por decoro y por respeto: yo os saludo.

Yo os saludo y os suplico en nombre de todos los calvos que "en el mundo han sido", somos y serán, que dediquéis vuestra camélica actividad y vuestra falaz orientación o "pitorrearos" de otro sector humano cualesquiera. ¡Es ya excesivo el pelo que nos estáis tomando a las candorosas víctimas de la calvicie más o menos prematura!

No pasa semana, ¿qué digo semana?, ¡no pasa día! sin que ora en la Prensa, ora en el anuncio radiado, ora simplemente en la plebeya octavilla callejera, nos ofrez-



LOS NIÑOS IMPERTINENTES, por Miura.

—Dime, papá; ¿cuando yo sea mayor tendré también esa cabeza de pepino que tienes tú?

—¡Si no mueres de la patá que te voy a dar, puede que llegues a mayor!

caís un nuevo producto, en estos o parecidos términos:

¡¡¡CALVOS!!!

¡No tenéis pelo porque no os sale de las narices!

Pudiendo poseer una melena nudosa y ondulada, os resignais a pasear por la vida el repugnante desierto de vuestra testa.

Las moscas os pican; las mujeres os desprecian.

¿Por qué sois así, calvos?

¿Ignoráis, ¡oh desventurados! que el "Capilote Belurciátez" hará que vuestro pelo brote antes de consumir el primer frasco?

El autor del "Capilote Belurciátez" jura por la memoria de su padre—¡nunca se le olvidaba nada al pobrecito!—, que no hay calva que se le resista.

Al terminar el primer frasco observaréis que se os cae el pelo rápidamente. ¡¡¡No os alarméis, idiotas!!! Se trata del pelo muerto; del que se os tenía que caer irremediablemente. ¡¡¡Ya veréis luego!!! Al quinto frasco, la cabeza se os cubrirá de una pelusilla amelonotada que, poco a poco, irá adquiriendo vigor y obscuridad hasta poblaros el cráneo de una cabellera envidiable.

¡¡¡Mil duros a quien pruebe lo contrario!!!

—¡¡¡No hay calva que resista al "Capilote Belurciátez"!!!

¡¡¡Cincuenta años, tres meses y un día de éxito!!!

De venta en todas las farmacias docentes, a 20 pesetas frasco."

He aquí el envenenado anzuelo que nos tienden.

Y como los calvos, con las excepciones de Benavente, el fotógrafo Vandel, José María de Granada y Fidel Prado, somos de una simplicidad jurdetana, no hay quien nos quite de adquirir, por vía de ensayo, impulsados por ese estúpido "¿quién sabe?", que nos empuja al décimo, al "pocker", a las oposiciones al Catastro y a guiñar un ojo a las cupletistas, no hay quien nos quite de adquirir, repito, el primer frasco del "Capilote Belurciátez".

La primera parte de la profecía se cumple. ¡No nos queda ni un pelo en la testa! Y nosotros ¡ah, idiotazos de nosotros!, en vez de cantar el "adiós a la vida" a nuestro cabello, le despedimos con un optimista "hasta luego", mientras el segundo, el tercero, el cuarto... ¡el enésimo frasco de "Capilote Belurciátez" riegan arteramente nuestra cabeza y van acabando hasta con los pelos del cepillo...

Un buen día, resignados, tiramos el frasco del suero maravilloso, dedicamos "in mente" un efusivo decuerdo a los progenitores del genial inventor y nos decidi-



(El niño de Calinez que es muy bruto).—Dime, papá! ¿Ese humo es del aparato o del piloto?

(Calinez que es tan bruto como su hijo).—Como está tan lejos no lo puedo apreciar.

mos a ser calvos par siempre o a comprarnos, a plazos, un bisoné.  
 ¡Pero hemos hecho la fortuna del inventor!

Cinco, seis frascos por calvo, contando con que solo veinte mil los adquieran del millón de calvos que arrojan las últimas estadísticas, han metido en el bolsillo del autor del "Capilote Belurciátez" ¡¡dos millones y pico de pesetas!! Y, una vez, al cruzar en la calle con un auto soberbio, en el que un ciudadano enjoyadísimo, luce su rotunda calva como una joya más, os dicen: "Ese es el inventor del "Capilote Belurciátez"...

No.  
 Esto no puede seguir así.

Tomar el pelo a los calvos es una paradoja y una canallada.

Yo, en nombre de la clase, protesto y tomo la ofensiva, lanzando un prospecto del que pienso hacer una tirada monstruo.

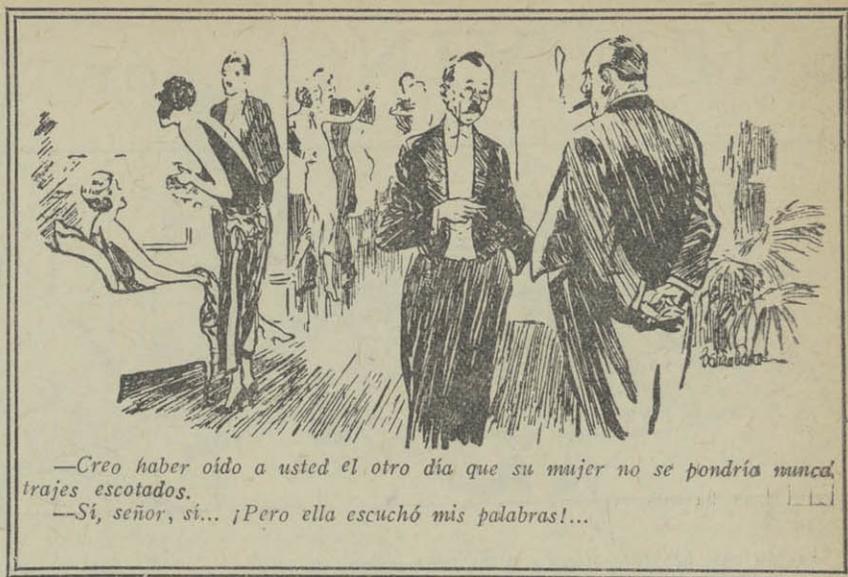
Y la editaré en estos términos:  
 "¡¡SINVERGÜENZAS!!!

Os llamo sinvergüenzas con el mismo derecho que invocáis para llamarnos calvos. Oídme:

¡No tenéis vergüenza porque ella y vosotros sois antagónicos e incompatibles!

Pudiendo piruetear en un andamio, os satura el timo y la estafa os nutre.

Os busca la Policía y os execra el ciudadano.



—Creo haber oído a usted el otro día que su mujer no se pondría nunca, trajes escotados.  
 —Sí, señor, sí... ¡Pero ella escuchó mis palabras!...

¿Por qué sois así, granujas?  
 ¿Ignoráis que el "Capilote Belurciátez" y similares acaban con el pelo humano y hasta con el Pelo... poneso?

El calvo que suscribe jura por las sacrosantas cenizas de todos sus braseros familiares que no hay calva en la que vuelva a brotar pelo; que eso del primer frasco, lo inventó el primer fresco. Y que no oirá hablar del quinto, arrepentido de haberlo hecho reiteradamente.

¡Diez millones a quien demues-

tre que no sois los más selectos granujas del globo!

¡¡Una vida entera de comprobación y convencimiento!!

¡¡¡Ladrones!!!"

Y como haya siquiera mil calvos que me imiten, será el único medio de conseguir que a esos sinvergüenzas que de nuestro pelo, del solar de nuestro pelo viven, ¡no se les vuelva a ver el pelo!

Que ya va siendo horita, rediez.

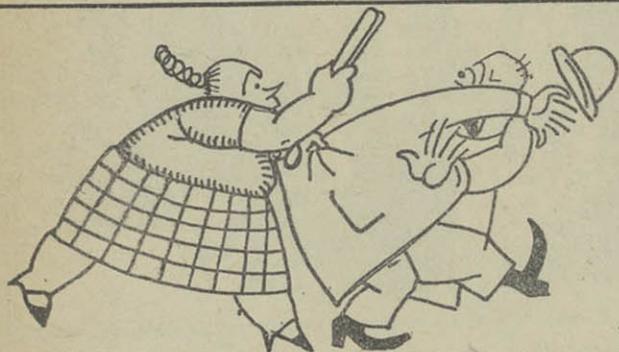
F. Ramos de Castro.



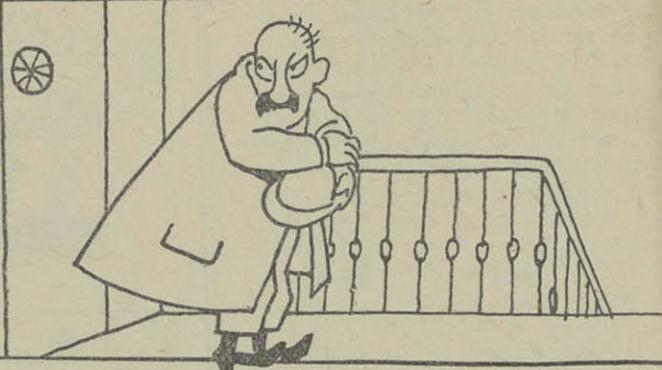
La señora.—¿Y cómo habiendo matado este león a su señora, le quiere usted tanto?

—¡El pobre!... Se portó muy bien; la mató de un sólo zarpazo, sin hacerla sufrir.

# BUEN VINO, por Díaz-Antón.



Siempre que Mostillo llegaba a su casa oliendo a vino, era golpeado por la fiera de su mujer con las tenazas, y arrojado a la calle...

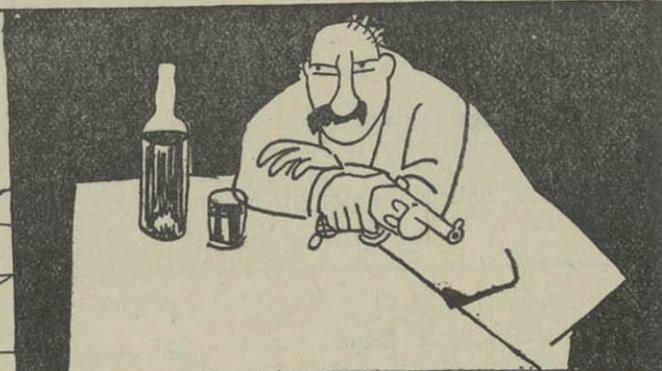


—¡Esto no se hace con un caballero!—gritó la última vez—. ¡Yo no puedo soportar a esta tía, y me voy a suicidar, pero que ya!

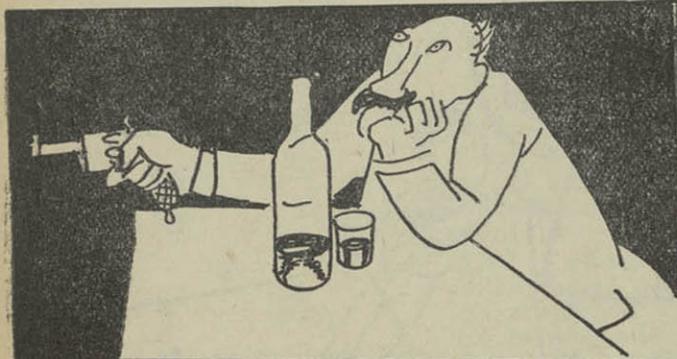
Ya bajo  
el vino



Ya que voy a finar, me voy a soplar una botella de luto antes de morir.



¡En cuanto se acabe la botella me voy a sacudir un tiro que me voy a hacer consomé.



DÍAZ-ANTÓN.

... Y el caso es que ella no es tan mala como parece, porque...

... en realidad, lo único que tiene de malo, son las tenazas.

VIAJANDO EN PRIMERA

# La mujer americana

Su sangre fría.—Su valor.—Su multimillonario padre.—Su amor sincero.—Su boda.—Su divorcio.—Los terribles malhechores.



EL TREN NÚMERO 176

Nueva-York es una hermosa ciudad. En invierno, el frío es horrible como el hundimiento de un trasatlántico lleno de niños zurdos. Nieva abundantemente



y llueve. En verano, en cambio, hace un calor insoportable. El sol calienta de tal manera, que produce sed, y de resultas de esto, irritaciones y picor en el cielo de la boca. Claro, que para eso están los rascacielos. Los automóviles pasan veloces encima de los cadáveres de los peatones, que lanzan gritos de angustia. El tren elevado pasa silencioso. La gente marcha deprisa. Todo es movimiento y goma de mascar.

Una tarde que me dolía mucho la cabeza, por habérmela aplastado contra las baldosas un maldito autobús, le cambié a un italiano, vendedor de gaseosas, mi encendedor de níquel por un hermoso Ford, diciéndole que mi aparato gastaba menos gasolina que el suyo. Y como el italiano era algo idiota marché al campo en su automóvil. Allí, sentado a la sombra de un árbol, mientras el silencio y la soledad me rodeaba, pensé en lo felices que serían los habitantes de la Guindalera y lloré emocionado. Pero vino a turbar mis pensamientos

un hecho curioso como el conserje de un teatro de varietés.

Por la carretera y jinete en un caballo blanco con pintas, una señorita rubia se defendía a tiros de catorce feroces criminales que la perseguían.

Yo me escondí detrás del árbol y, demostrando un gran valor, presencié todo sin perder detalle.

La joven señorita, al ver que los terribles malhechores ganaban terreno, apeóse del caballo y utilizando éste como trinchera, siguió disparando sobre ellos. De un tiro mató a siete. Luego arrojó el arma a la cuneta, y abalanzándose sobre los restantes, sostuvo una lucha feroz y encarnizada. Cuatro, rodaron por el suelo atontados de los golpes. Los que quedaban, huyeron diciendo en inglés: "¡Maldición! ¡Maldición!"

Yo, entonces, salí de detrás del árbol y me ofrecí a ella.

—Si puedo serle útil en algo, dígame lo con franqueza Soy un hombre valeroso, aunque algo glotón.

—Oh, no—dijo ella sonriendo—. Esto no tiene importancia. Es que me querían robar los planos de un hotelito con dos plantas que me estoy haciendo en San Francisco de California.

—Sin embargo—objeté yo—, puedo hacer algo por usted. Soy español y mundano.

—Gracias, gracias. Yo he nacido en Arizona y amo las emociones y los crepúsculos. Lo que siento es que me han matado a mi noble caballo y a las cinco en punto tengo que estar en casa



de mi multimillonario padre, el rey de las tachuelas donde se celebra una gran fiesta. Dándome prisa, aun puedo coger el tren número 176, que llega a Nueva York a las cuatro y cincuenta y cinco. La puse a su disposición mi automóvil "Ford".

—Está bien—agradeció ella—. Tendremos que correr de firme.

Y sentándose al volante, pisó el acelerador y un grillo que se había metido dentro.

A la hora justa de una marcha loca, cual mecanógrafa huérfana, dimos alcance al tren número 176, que vertiginosamente corría a nuestro lado. Ella acercó el coche a un vagón y de un prodigioso salto subió al tren.

Al notar que se había dejado en el coche una cartera, dijo:

—Le ruego la lleve a las señas que hay en las tarjetas que encontrará dentro.

Yo abrí la cartera y dentro, además de una polvera, cuatro revólveres y un aparato de radiotelefonía, encontré unas tarjetas que decían así: "Ruth Farrell. Calle 27, núm. 1.500. Nueva York."

Yo entonces sonreí.

En estos casos se debe siempre sonreír y morder un puro.



SALVADA DE LAS LLAMAS

A las once y cuarto del día siguiente estaba yo a la puerta de un hermoso palacio, cuyo número era el 141 de la calle 27, y en donde vivía miss Ruth su vida de soltera.

Un criado japonés me abrió la cancela.

—Miss Ruth no está—dijo al escuchar por un oído mis deseos—. Ha ido en aeroplano a Viena a comprar una alcachofa.

Bien. La esperaré.

Llegó, con la alcachofa, a las tres horas.

—Gracias, señor, por haberme traído mi bolso. Es usted amable como un sereno en vísperas de Nochebuena

Y como yo la mirase con deseo, ella exclamó:

—¿Me ama usted?

—Sí, miss. La amo desde que la vi por vez primera.

—Pues bien; yo le corresponderé si me salva de algún peligro espantoso. Es la costumbre. Si no, nuestro amor es

imposible, igual que afeitarse con una bota.

—Bueno—accedí yo, ocurriéndoseme una idea—. Así lo haré. Le ruego que esté cerca de la puerta de entrada hasta que yo venga a buscarla.

—Conforme. Y no olvide usted al salirme tener preparado un automóvil para darnos un beso.

—No, miss. Estoy en todo. Yo he ido mucho al "cine" de San Miguel.

En seguida salí al jardín e incendié el hermoso palacio. Cuando las llamas destruían todo, yo entré valerosamente y saqué a Ruth en mis brazos.

La deposité en el "baquet" de mi automóvil y nos fuimos. Entonces ella me miró amorosa y apoyó su cabeza en mi solapa. Por cierto que se estropeó un poco esta bonita escena, porque yo tenía un alfiler y ella se pinchó una oreja. Sin embargo, después de decir: "¡Malditos sean los sapos!", me dió un beso en la boca que duró siete cuartos de hora...

El "auto", mientras, devoraba kilómetros como si fueran muslos de pollo...

#### EL REY DE LAS TACHUELAS

Al día siguiente, cuando fui a casa de su padre, el famoso multimillonario, la tuve que esperar también un rato,

pues ella había ido a cruzar el canal de la Mancha a nado.

Cuando regresó triunfadora, en un gigantesco zepelín, me comunicó:

—No podemos amarnos. Nuestro padre se opone.

Entonces yo fui a hablar con el padre, que estaba en su despacho fumando un puro y mirando atentamente una cintita que salía de un aparato y que le comunicaba noticias de la Bolsa.

—Yo amo a su hija—le dije sentándome en una butaca y poniendo los pies encima de la mesa—. La he salvado de un accidente, y es justo.

—Cierto—dijo él—. Me parece lógico. Sin embargo, yo debo oponerme. Es mi obligación. Los padres norteamericanos y millonarios nos tenemos que oponer siempre. De no ser así ustedes se casarían en una iglesia, como todo el mundo, y eso está muy visto. Usted debe huir con ella y casarse en un sitio raro. Luego, yo perdonaré con gesto bondadoso, y le regalaré un hermoso yate. Es la costumbre. ¿Tienen ustedes traidor?

—No, pero podemos buscarlo con bigote recortado.

—¡Bah, es igual! Por una vez...

Y sin decir más me pegó una patada en los riñones y elegantemente me hizo salir de su despacho.



—Hija mía, prométeme que te saldrás de la Compañía si quieren obligarte a salir con mallas.

—No te apures, mamá. Ya no se sale con mallas.

—¡Ah! Eso me tranquiliza.

#### ¡CASADOS, AL FIN!

Y entonces, un día, huímos.

Fuimos a casa de un pastor que vivía en las afueras.

Su mujer nos dijo que éste estaba en el fondo del mar cumpliendo con su obligación, pues además de pastor era buzo.

Entonces nosotros nos pusimos muy contentos, fuimos donde él estaba, y con una escafandra cada uno, nos arrojamos al agua.

Allí en el fondo, nos casamos emocionados y algo húmedos.

Al salir, un numeroso público, que se había enterado, nos aplaudió frenético.

El padre nos perdonó, campechano, y nos regaló el hermoso yate y un abrelatas.

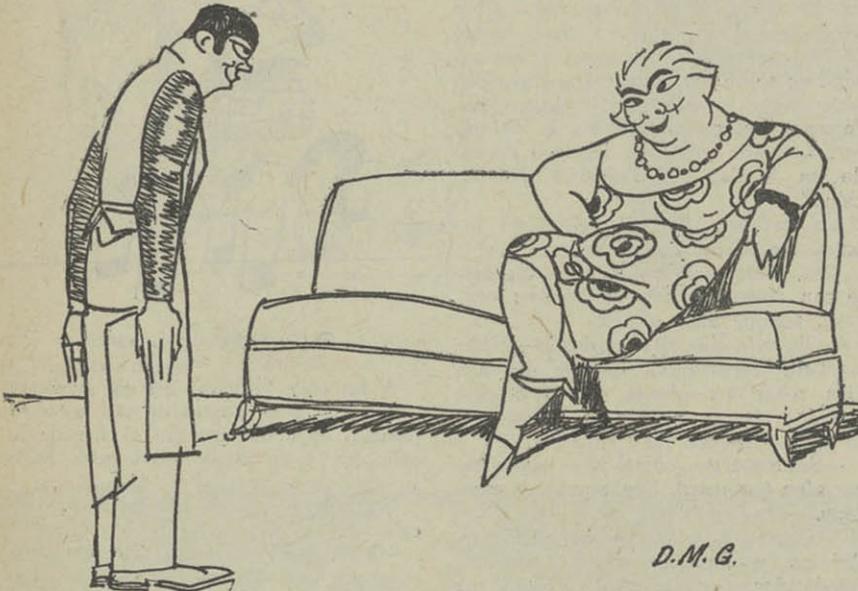
Esto ocurrió a las doce de la mañana. Fuimos felices hasta las cuatro de la tarde, hora en que mi mujer pidió el divorcio, alegando que para que yo recordase mi país me había metido dos toros en mi habitación, y que yo, a pesar de ser español, en lugar de ponerles banderillas, había salido corriendo y no había parado hasta Chife.

¡Oh América! ¡América!

¡Eres grande!

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de MIHURA.)



D.M.G.

La señora.—Supongo que en estos días en que el señor está fuera de casa sabrá usted respetarnos a la doncella y a mí, que nos quedamos solas.

El criado.—Cuando menos la señora puede estar segura de que no la falta al respeto aunque me dieran para una finca.

Dib. de O. M. G.

## AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS

Apartado número 329.

de JOSÉ W. VALBUENA

MARACAIBO-Venezuela.

Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones. Referencias a satisfacción.

Una.—Ya sé que este no es el beso de Judas, porque eres una buena amiga mía.

La otra.—Y que lo digas!... Nunca he comentado en público tus muchos defectos...

Dib. de Picó.



LA MODA EN 1928, por Picó.

—Ya hemos conquistado las mujeres todas las libertades, usos y costumbres del hombre. Ya no nos falta más que el bigote, y todo se andará.



COMPENSACION, por Bellón.

Uno.—¡Mira al hijo del marqués de la Tomatera con la modistilla! Sería una lástima que esa logarta enganchara a un hijo de título.

El otro.—¡Pues mira; ella es hija de barón y no me negarás que está riquísima!

## Cuentos regocijantes

## Tiempo bien empleado

Es preciso haber conocido a Blic como yo mismo lo conocí para reírse, igual que yo me río, sólo al recuerdo de su nombre y a la simple evocación de su delgado perfil de sacristán.

¡Qué impagable farsante! ¡Qué burlesco y maravilloso compañero! Bastábale abrir la boca para ver regocijarse todos los semblantes a su alrededor, y hasta cuando no hablaba, la gente se reía de risa en cuanto agitaba cualquier músculo, porque él segregaba—esta es la palabra—el más efervescente y contagioso buen humor.

Cierto día estaba yo con él ante una pinta de cerveza en un pequeño "bar" inglés, que le gustaba mucho. Mientras yo aparentaba fumar con la más perfecta indiferencia, mirábalo de soslayo esperando que se dignara abrir de par en par las puertas de su jovialidad. Al fin, he aquí que me preguntó brusca-mente:

—¿Tienes un lápiz?

—Tómalo—le contesté, entregándole el objeto solicitado.

Entonces Blic se puso a dibujar, en el mármol de la mesa, una diminuta estación de ferrocarril, enguinaldada con una parra loca y provista, naturalmente, de su inevitable reloj. Sin embargo, cuando hubo terminado este reloj, borró cuidadosamente sus minuterios.

—¡No!—murmuró—. Me había equivocado... Eran las seis y veintisiete minutos de la tarde...

Hecha la corrección, mi amigo quedóse silencioso durante uno o dos minutos. Luego, sin apartar los ojos de su croquis, añadió:

—Eran las seis y veintisiete minutos de la tarde y yo estaba sentado aquí. (El indicó el sitio con la punta de su lápiz.) Sí... yo estaba sentado aquí. El único empleado fumábase un cigarrillo allá, cerca del despacho de billetes. Al otro lado de la vía, debajo de la galería, esperaba una señora joven.

Era en verano, hacía un calor terrible; pero ¡qué importaba!... De súbito, el timbre comenzó a sonar...

El empleado volvióse lentamente hacia el reloj y dijo:

—Es él.



—Me dice que se quiere casar conmigo.

—¡Y tú que le creías menos bestia que los demás!

Era, en efecto, el tren de las seis y veintisiete.

Oyósele al principio runrunear, gruñir después y, al fin, lanzar un silbido de bienvenida.

No estaba ya más que a unos treinta metros de la estación, cuando la señora, que hasta entonces había permanecido quieta y apacible en su rincón, sintió el irresistible y estúpido deseo de venir a nuestro lado.

Abandonó la acera.

—¡Eh!... ¡Eh!...—chilló el empleado—. ¡¡Deténgase usted!!!

Ella contentóse con sonreír y siguió tranquilamente su camino.

Viendo que iba a ser infaliblemente aplastada, el empleado no vaciló.

Semejante a un enfurecido jaguar, saltó a su encuentro, y como no tenía tiempo material para trasladarla de un andén a otro (ni siquiera con los dientes), derribóla resueltamente entre los dos carriles y dejóse caer a su lado a fin de mantenerla inmóvil.

¡Ya era tiempo! Apenas se habían tendido en el suelo, cuando apareció el tren vomitando carbonilla.

Pasó sobre ellos, indiferente y formidable...

Era un tren de mercancías. Componíase de sesenta y siete vagones... Sí; de sesenta y siete vagones... ¡Los conté!... Cuando pasado el último, bajé yo a mi vez a la vía y pronto tuve la satisfacción de ver levantarse, sanos y salvos, a la señora y a su valeroso salvador.

El hombre ofrecía ese aspecto un tanto confuso que da a las personas modestas el cumplimiento de una buena acción. En cuanto a la joven, hallábase colorada como un gallo y no menos viaracha.

Ella sacudió su vestido un poco arrugado, dióse unos golpecitos en el moño



—Oye, Pocholo. ¡Cuando nos casemos ha de vivir mi mamá con nosotros!  
—¡Lo siento por ella! Porque en cuanto se desmante me voy a creer que es el balón.

Dib. de Piri-Piri

y lanzóse inmediatamente al cuello del valeroso empleado.

Sin embargo, lejos de besarlo, como suponía yo que iba a hacerlo, he aquí que empezó a arañarle enloquecidamente, a zarandearlo, a desgarrarlo y a golpearlo con una ferocidad verdaderamente enternecedora.

Entonces fué cuando yo intervine.

—¿Qué está usted haciendo?—le grité, sujetándola de un brazo—. ¿Se ha vuelto usted loca?

—¡Le pasa lo que se merece!—me contestó ella—. ¡Me gustaría saltarle los ojos!... ¡Es un cobarde!...

—¡Cómo!—exclamé—. ¿De manera que acaba de salvarle la vida con peli-gro de la suya, y le llama usted cobarde?

—¡Oh!—silbó la señora—. ¡Demasiado sabía él lo que se hacía!

—¡Claro que lo sabía! No ignoraba que se arriesgaba a ser desmenuzado...

—¡Desmenuzado!... ¡Que se cree usted eso!...

—¡Que me creo yo eso!... ¿Cómo debo interpretar esa frase?

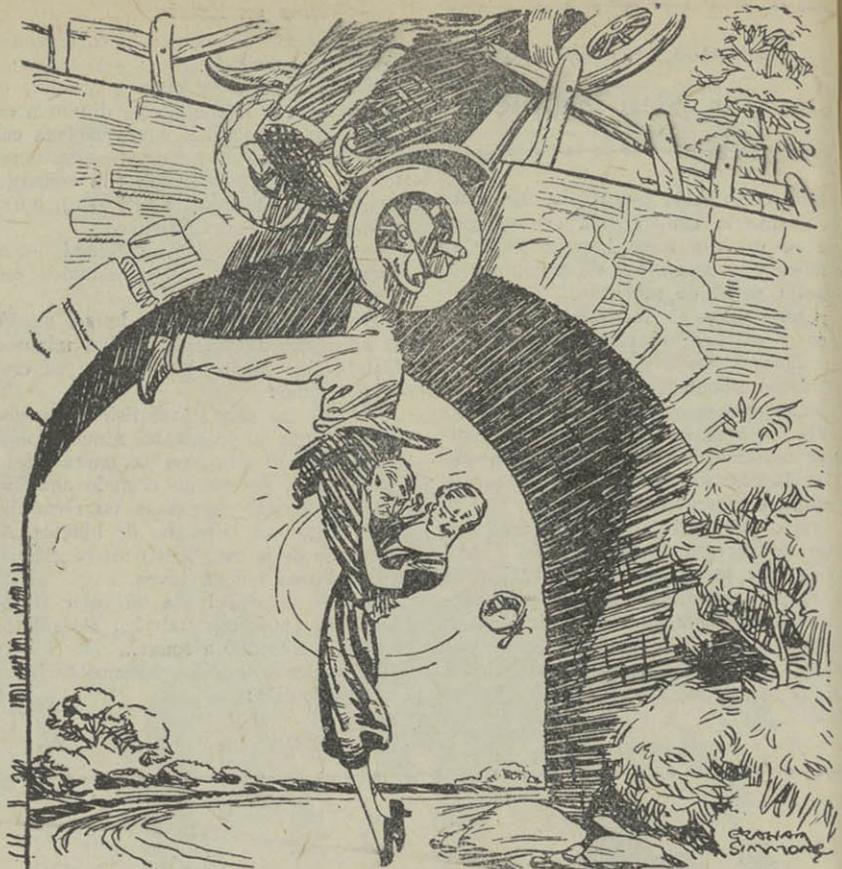
—Como le dé a usted la gana. ¿Qué pasa?

A pesar de mi legendaria galantería, me disponía a soltarle unas buenas bofetadas a aquella gallinácea; pero fué ella la que se precipitó contra mí.

Sin perder un solo segundo, pegó su nariz contra la mía, según la antigua usanza neozelandesa, y, asiéndome de los hombros, jadeó:

—¿No adivina usted lo que ha hecho ese hombre?... ¿De veras no lo adivina usted?... Pues súpalo... ¡Se ha aprovechado de que estábamos allí, debajo del tren, para abusar de mi debilidad y arrebatar-me la honra!...

GEORGE AURIOL.



—¡Por Dios, caballero! ¿Quién le ha autorizado a abrazarme?!

## Editorial 1927.-Apartado 8.032

### En el arca de Noé

(Cuento remozado.)

Cuando Dios en castigo a los mortales por sus múltiples males les envió el diluvio universal, —como recordará el más flaco de memoria si ha leído la historia— una gracia especial le concedió a Noé galantemente; que en su arca salvadora pudiese conservar prudentemente de la fauna y la flora un único ejemplar superviviente. Aceptada la gracia del creador, como hombre previsor Noé, preparó el arca de manera que no quedara fuera desde el vil gusanillo hasta el condor. Y en la parte más alta del cacharro arregló su cotarro con tal habilidad, que desde la pantera saltadora a la alondra cantora se pudiesen mover con libertad. Y llegada la noche de aquel día primero en que debía el arca entre las aguas navegar, a toque de corneta una alegre retreta ordenaba a las fieras descansar.

Pues era de Noé orden severa que al minuto del toque de atención no se oyese crujir ni una madera de aquella improvisada habitación...

Poco a poco el barullo fué quedando en murmullo que apagóse en seguida; solamente un ruido sospechoso recio y estrepitoso el silencio turbaba intermitente.

Extrañado Noé por aquel ruido machacón, rudo y fijo, llamó al punto a su hijo ordenándole en tono desabrido;

—Vete arriba ahora mismo y al animal, que así, con tal cinismo mi autoridad no acata le coges de una pata

y por rebelde le echas al abismo— A cumplir orden tal, fuese el mandado, más pasado un minuto escasamente volvió junto a Noé malhumorado diciéndole con tono sonriente:

—No te alarmes, pues nadie ha pretendido contravenir tu orden, y ese ruido que ha largo rato notas no es causa ni motivo de enfadarse; ¡Es del pobre "cien-pies" que va acostarse y se está despojando de las botas!...

FIDEL PRADO.

Tragedias

El hombre a quien saludé

No se culpe a nadie de mi muerte. Sin estas previas palabras no podría suicidarme. Ningún suicida, que se estime en algo, deja de estampar la consabida frase en el encabezamiento de su último escrito. Y yo, señores, soy un suicida serio. Esta seriedad exige una relación detallada de las causas que me fuerzan e impelen a adoptar esta no regocijada resolución. Y una vez seguro de la benevolencia de ustedes, comienzo.

\*\*\*

Nos cruzábamos todas las mañanas a la misma hora y en la misma calle. Era un hombrecillo, al parecer, insignificante. Sobre su nariz aguileña cabalgaban una gafas vulgares, a través de las que me contemplaba con marcada curiosidad. Dijérase que le parecía imposible el encuentro, cuando, inevitablemente, siguiendo aquel camino, había de encontrarme. Supuse que se dirigía a la oficina y, aunque es cosa que no he podido comprobar, creo no haberme equivocado.

A él, seguramente, se le ocurriría otro tanto. Y, sin embargo, me miraba con extrañeza. ¿Acaso me asemejaba a algún pariente fallecido, o a cualquier amigo sablista de la infancia? Sentí deseos de preguntárselo: "Señor, ¿a quién le recuerdo?"

A medida que fueron transcurriendo los días, el hombrecillo de las gafas vulgares fué trocando su mirada de estupor por otra de confianza. Llegamos a entendernos sin cambiar ninguna palabra ni ademán. "Buenos días", pareció decirme una mañana: "Vaya usted con Dios", debió de comprender que le contestaba. Otro día, muy frío, por cierto, creí entender: "Le compadezco a usted. ¡Con la mañanita que hace y usted acatarra-do!". Y yo, agradecido, "¡Qué le vamos a hacer!"

Así días, semanas, meses, siempre diciéndonos algo, sin decirnos nada.

- A la oficina, ¿eh?
- A la oficina, sí, señor.
- Mañana es domingo.
- Afortunadamente, sí, señor.
- Hasta el lunes, pues.
- Adiós, caballero.

\*\*\*



DE LOAYSÁ.

NOVELERIA Y FALTA DE ASEO, por Peral.

—Me despide la señorita sin motivo. Yo soy una negra que tiene el alma blanca.  
 —¡Tendrá usted el alma todo lo lechosa que dice pero la ropa interior da asco vérsela!

Una noche—tiemblo al recordarlo—, después de tomar café y antes de retirarme a descansar, me dediqué a recorrer algunas calles, sin más objeto que el de estirar las piernas, llevando un paraguas de segunda mano en la derecha. Y ustedes perdonen si el susodicho paraguas les parece otro objeto. Pero sigamos caminando... ¿Por dónde íbamos? ¡Esta maldita amnesia!... ¡Ah, sí!

Eran las diez y quince. Los lectores no ignoran que las representaciones teatrales y nocturnas se anuncian a las diez o diez y media. Perfectamente. Había llegado a un coliseo bastante céntrico, y pude observar una animación insospechada, de esas que sólo se advierten en noches de estreno. Ustedes saben, también, que de la segunda representación a la veinticinco, pongo por éxito entusiasta y clamoroso, los espectadores penetran, en el vestíbulo, de uno en uno—cuando más en parejas—

cada cuarto de hora. Aquella noche entraban apretándose y de continuo. Además, ví llegar simultáneamente a varios intelectuales. Ya no me cupo la menor duda. Noche de estreno.

Decidido a matar algunos minutos, me situé frente a una de las puertas, y entonces ocurrió lo trágico e irremediable, algo que, al recordarlo, me pone de punta los cuatro pelos que luzco en la coronilla y hace que un calofrío me recorra la espina del dorso en forma de tobogán. ¡Espantoso! ¡Terrible! ¡Espeluznante!... Adelante.

En aquel momento divisé un señor en el que creí descubrir un antiguo amigo. Y sin pararme a reflexionar, en uno de esos instantes de nerviosidad en los que siempre hacemos lo contrario de lo debiéramos hacer, me quité el sombrero y le dediqué el más versallesco de los saludos. Asombrado debió de quedar el señor de

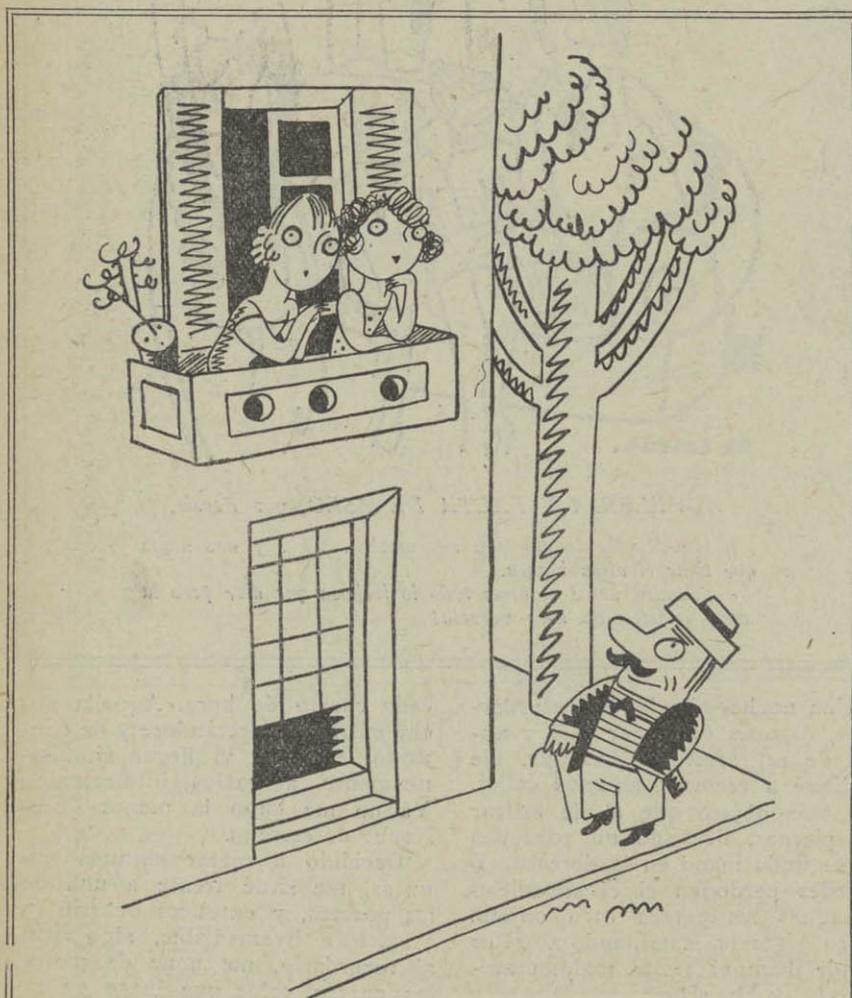
las gafas vulgares—era él—, pues si bien es verdad que todas las mañanas nos cruzábamos en la misma calle y a la misma hora, nadie nos había presentado ni jamás cambiáramos saludo alguno. Entonces, ¿por qué cometí tan enorme tontería? ¡Ah, jóvenes lectores! Sin duda alguna, el café ingerido aquella noche aciaga produjo en mis nervios y en el cacahuet que nuestro sobre los hombres una excitación e imbecilidad rayanas en la perturbación.

El señor de la nariz aguileña me miró y se internó en el vestíbulo

sin contestar a mi saludo. Yo quedé confuso, con la mano en el sombrero, queriendo disimular, agitando y sacudiéndole como si tratara de limpiarlo, secándome el sudor que acudía a mi frente. ¡Tarde ya! Eran las diez y cuarenta y cinco.

\*\*\*

Desde aquella noche fatal huyo del hombrecillo insignificante de la nariz aguileña y las gafas vulgares. Pero, desgraciadamente, me lo encuentro en todas partes. En



¡MUJER!... ¡ARCANO!, por Mihura.

Una.—¡No mires porque éste ayer me piropeó con una indecencia!

—¡Sí? Pues no le creó tan grosero que no me la diga a mí también.

#### Precio de suscripción de VARIETÉ

ESPAÑA Y MARRUECOS ESPAÑOL	AMÉRICA Y PORTUGAL	EXTRANJERO
Semestre ..... 8 pts.	Semestre ..... 10 pts.	Semestre .. 14 pts.
Año ..... 14 pts.	Año ..... 16 pts.	Año ..... 22 pts.

LOS PAGOS SON ADELANTADOS

Núm.

4

**CUPON del  
concurso de  
VARIETÉ**  
«Para no pa-  
gar al casero»

APARTADO DE  
CORREOS DE

**VARIETÉ**  
núm. 8.032

el teatro, en el paseo, en el café... ¡Y sudo tinta! He desaprovechado varias localidades de espectáculos, he dejado de apurar varios "bocks" de cerveza, he desistido de ir a los parques y tiemblo cada vez que salgo a la calle, porque en todos estos lugares tropiezo con el hombrecillo pequeño y ridículo que me obsesiona desde aquella noche trágica. Porque no pueden comprender, si no les ha sucedido, lo espantoso que es encontrarse con el señor a quien un día saludamos por equivocación. ¡Ah! Sentimos deseos de hundirnos en el pavimento, de hacernos invisibles. Más como nada de esto es tan fácil, siempre acabamos huyendo como un vulgar ratero. Y como vivir así no es vivir, prefiero esto último y me suicido.

Salud, lectores.

Pablo Torremocha.



—Llevaría almejas si tuviera usted confianza en ellas.

—Tan frescas y acabadas de llegar están, que todavía no tengo mucha confianza.



GALERIA DE RETRATOS

**Soledad Miralles**

*Una bailarina de las que tienen tratamiento y de las que tienen una gracia como para hacer con ella lo que ella va a hacer con su media naranja.*

Fot. ¡Valken.



—¡Qué lástima que no quiera ser mi esposa, con lo que resultaría baronesa!  
—¡Pues no tiene usted tipo de barón!

Dib. de Pico.